

tórico. Como crítico optimista de su propia sociedad, Chomsky ofrece al lector de habla española una comprensión profunda de la naturaleza del conflicto sociopolítico e intelectual que se desarrolla actualmente en Estados Unidos.

DAVID P. BARKIN
El Colegio de México
y New York University

A. DOAK BARNETT y EDWIN O. REISCHAUER (eds.), *The United States and China — The Next Decade*. Nueva York, Praeger Publishers, 1970.

Canadá estableció relaciones diplomáticas con China Comunista en octubre de 1970; cuando las Naciones Unidas iniciaron la celebración oficial de su vigésimo quinto aniversario en presencia de dignatarios de todo el globo, Estados Unidos, la Unión Soviética y la China Comunista recomenzaron sus pruebas nucleares; y las Naciones Unidas decidieron una vez más, con las tradicionales maniobras de Estados Unidos, no aprobar la admisión de China Comunista a la organización mundial, reconociendo a China Nacionalista como el representante legítimo del Estado Chino. Ante tales acontecimientos, parece conveniente adoptar una nueva perspectiva con respecto a las posiciones de China Comunista y China Nacionalista entre sí, sus imágenes internacionales, y la reacción del mundo a la existencia continuada de dos Chinas. Este libro, aunque concluido en 1969, pretende adoptar esa nueva perspectiva.

Como lo sugiere el título, el estudio que se reseña trata sobre todo de las diferentes actitudes hacia China que privan en Estados Unidos. Incluye por lo tanto una presentación de la "política de adaptación" y de la "política de detención". Mientras que la política de adaptación ha venido siendo sugerida con mayor frecuencia en Estados Unidos, por parte de elementos privados y oficiales, como un medio para enfrentar los retos político, económico y tecnológicos que lanza este gigante asiático, la política de detención sugiere que China comunista permanece en un estado de cambio, especialmente después del dudoso éxito de la Revolución Cultural acontecida a mediados de la década de los sesenta, y que no debe buscarse ninguna adaptación sino hasta que haya terminado la lucha por el poder en China Comunista y el país haya elegido seguir una política de adaptación o de detención con respecto al mundo no-comunista. Ambas políticas pueden ser defendidas con igual vigor; después de una breve interrupción a mediados de los años sesenta, el péndulo de la opinión pública en Estados Unidos ha vuelto, sin embargo, a inclinarse hacia la adopción de una política de adaptación. Y lo mismo ha ocurrido con los contribuyentes a las 250 páginas de este volumen: políticos, profesores universitarios, periodistas y ciudadanos interesados en la materia.

The United States and China es editado a nombre del Comité Nacional para el Estudio de las Relaciones entre Estados Unidos y China, por dos de los más eminentes expertos norteamericanos sobre Asia, y surgió de la primera reunión nacional de dicho Comité en 1969. En

el *Symposium* se hicieron presentes puntos de vista tanto norteamericanos como foráneos, todos los cuales se incluyen en este estudio. Las interpretaciones de extranjeros (de India, Canadá y Alemania Occidental) son las más interesantes puesto que amplían la discusión y, en ciertos momentos, arrojan luz sobre las particularidades de la posición norteamericana en relación con China.

Como lo sugiere el subtítulo del libro, los trabajos fueron escritos con la idea de examinar los problemas presentes y las futuras alternativas para la acción y no con la intención de presentar hechos históricos. Esto restringe automáticamente la elección de los temas, a tal punto que la señorita Jackson (p. 183) sugiere que sería un error grueso dejar fuera de consideración a las fuerzas históricas que condujeron a la creación de China Comunista. De acuerdo con su objetivo, en el libro se discuten las actuales tendencias políticas y económicas en China, el papel de China Comunista en el mantenimiento de, o en el reto a la seguridad mundial, así como los diferentes puntos de vista sostenidos en Estados Unidos y en el extranjero.

El libro no predica abiertamente el reconocimiento incondicional de China Roja por el gobierno de Estados Unidos, pero sí el cambio de política del gobierno norteamericano de la actual detención dictada por el compromiso bilateral a una de adaptación gradual que vaya en consonancia con la opinión pública. El tono de la discusión queda fijado en el párrafo introductorio del Profesor Reischauer: "El pueblo chino constituye cerca de una cuarta parte de la raza humana. Las profundas desconfianzas y acres hostilidades entre este cuarto de la humanidad y el tercio del mundo que en términos económicos representa Estados Unidos sólo pueden ser consideradas como una peligrosa enfermedad crónica para todo el mundo."

La mayoría de norteamericanos que sugieren el reconocimiento de China Comunista dan por sentado que ésta también debe estar representada en las Naciones Unidas, haciendo de lo primero una condición de lo segundo y viceversa. Pero China Comunista ha demostrado poco interés en llegar a ser miembro de la ONU, a menos que, desde luego, pueda reemplazar a China Nacionalista. China Comunista contempla el mundo occidental desde una distancia convenientemente escogida. Cosecha los beneficios de la cooperación internacional a través de su asociación con el mundo comunista sin llegar a ser parte de los acuerdos internacionales fuera del mundo comunista. Uno podría preguntar: ¿Por qué habría China Comunista de convertirse en miembro de las Naciones Unidas y consentir a toda clase de restricciones, como por ejemplo las relativas al desarrollo nuclear, si, como en el pasado, puede desarrollar su propia potencia nuclear, uno de los elementos del poder político, sin interferencias externas? ¿Por qué habría de prevalecer el internacionalismo sobre el nacionalismo? ¿Solamente porque el mundo occidental lo piensa así? Con pocas excepciones, los norteamericanos usualmente muestran una débil tendencia neurótica al responder estas interrogantes. Lo mismo sucede en el estudio que se reseña. Los expertos no-norteamericanos se muestran mucho más reposados al respecto (capítulo 5). Canadá ve al Oeste como una influencia mediadora en el conflicto chino-soviético y reconoció subsecuentemente a China. Un experto germano-occidental asienta con precisión que la razón de

que Alemania Occidental no haya reconocido a China Roja es que el gobierno de Bonn no desea desagradar a su aliado más importante, Estados Unidos. Un experto hindú sostiene que China Comunista hará esfuerzos por mantener buenas relaciones en Asia, pero que tendrá dificultades con India y Japón si ninguno de ambos países desarrolla una fuerza nuclear en el futuro cercano.

Este libro no puede ser considerado como una interpretación objetiva del caso chino. Más bien resulta ser una útil combinación de consideraciones teóricas y de opiniones y experiencias personales. El problema con esta obra, al igual que con la mayoría de registros oficiales de una Conferencia, es que resulta repetitiva y que subestima la inteligencia de sus lectores hasta el punto de producir desconcierto. No obstante sus faltas, el libro es útil debido a que restablece hechos conocidos agregando especulaciones sobre el futuro con una perspectiva de los años setenta. En opinión de este comentarista, las interpretaciones más interesantes resultan ser las de los expertos extranjeros. Enjuiciándolo como un todo, por lo tanto, el libro pretende adoptar una nueva perspectiva en relación con el caso chino, pero sin llegar a conseguirlo plenamente.

ELISABETH E. BRAUN

(Traducción del inglés de Raúl Morales)

ALVIN Z. RUBINSTEIN, *Yugoslavia and the Nonaligned World*. Princeton, N. J. Princeton University Press, 1970. 353 pp.

Este libro ofrece un agudo estudio del destacado papel desempeñado por Yugoslavia, una nación europea unida al comunismo, en el surgimiento, dentro de la escena internacional de posguerra, de un "Tercer Mundo" predominantemente afro-asiático. Aún durante el inicio de la guerra de Corea, Belgrado consideraba que la India de Nehru estaba subordinada a los intereses británicos y norteamericanos, culpaba a la ONU de la eliminación del Partido Comunista Birmano —"el verdadero líder del movimiento revolucionario"— y acusaba a Sukarno y Hatta de convertir a la República de Indonesia en un "Estado fascista". Sólo el intenso sentimiento de inseguridad generado por la guerra de Corea, las deliberaciones y maniobras diplomáticas en el seno de las Naciones Unidas, y los íntimos y extensos contactos yugoslavos con los delegados de las nuevas naciones, hicieron que Belgrado abandonara gradualmente sus inhibiciones ideológicas. Los yugoslavos percibieron que, al contrario de lo que sostenía Stalin, muchas de las nuevas naciones que estaban fuera del control de las potencias coloniales compartían también el deseo de mantener la independencia nacional, la autodeterminación y la igualdad. Amenazada desde el Este y manteniendo relaciones incómodas con el Oeste, tal percepción abrió nuevas perspectivas para Yugoslavia. En el interés compartido de las nuevas naciones en relación con los grandes problemas de la guerra, la paz y la supervivencia, Yugoslavia encontró una salida factible y honorable para su mortificante dilema. Lo que es más, el gobierno yugoslavo encontró una política internacional verdaderamente "nacional" en su firme adhesión al principio de no-alineación, lo que contribuyó al